

La Iglesia del Dios viviente

Sin lugar a dudas, estamos viviendo un momento histórico. Este Encuentro Internacional de Charis 2015 es tan trascendente para la vida de la Confraternidad de los Hermanos en el mundo que –considero– podemos compararlo con otros iconos de la historia de nuestra Iglesia, tales como los primeros bautismos en el Río Eder, o el envío de los primeros misioneros.

Es la primera vez en estos 307 años que un grupo de líderes de cada una de las Confraternidades Nacionales se reúnen para acordar las convicciones escriturales que marcan nuestra identidad como Iglesia en el contexto mundial. ¡Y no es poca cosa! Es, en realidad, un paso muy importante hacia la consolidación de nuestras creencias, en el contexto global, como Iglesia Cristiana. Y con ello lo que significará en cuanto a nuestra unidad de cara al futuro, hasta que Él venga.

Creo, además, como dijo el autor del libro de 1 Reyes que *las cosas tomaron este rumbo por voluntad del Señor* (1 R. 12:15, NVI). Es decir, Dios está por detrás y por encima de todo este gran proyecto. Creo firmemente que Él es el motor y guía de nuestra Confraternidad en este Encuentro Internacional.

Desde esta mirada, somos una parte de Su Iglesia. Una *tribu* entre las demás. Y parte del gran pueblo de Dios. La riqueza de la iglesia es Dios mismo, el Dios vivo. *Esto significa pertenecer a un lugar en donde el anfitrión es parte activa de la fiesta* (D. Barbita), *la iglesia de un Dios que vive y permanece para siempre* (P. Peña), *la gran iglesia histórica y universal, que perdura a través de los siglos, ideada, creada y sostenida por el único Dios, que vive y da vida* (J. Núñez), *un cuerpo vivo, dinámico que se desarrolla sin límites porque expresa la vida de sus creador y sustentador* (J. Sáez). *Somos un pueblo que pulsa la vida porque su Dios está vivo* (I. Trindade); y esto implica – por contraposición– que como *pueblo de Cristo no estamos alabando a un dios falso y muerto, sino a nuestro Dios viviente* (A. Soares).

Porque la iglesia es la del Dios viviente, debemos tener en cuenta:

1. Que Dios es una persona buena, grande y soberana (Ex. 3:13-18; Gn. 1:1; Sal. 103; Hch. 4:23-33). Dios es el centro. No es un Dios de tinta y papel, sino vivo y en la experiencia de cada uno de nosotros y de nuestras iglesias. Si perdemos a Dios, perdemos todo. Al pensar en las Declaraciones que vamos a formular y ratificar, *nosotros los cristianos corremos peligro de perder a Dios entre las maravillas de Su Palabra. Casi hemos olvidado que Dios es persona, y que, por tanto, puede cultivarse su amistad como la de cualquier persona*¹ (S. Jn. 17:3). Debemos evitar perder de vista al Dios vivo. Dios es el fundamento de la confianza y la fuente de la verdad para la iglesia. Nuestra esperanza está en Él por el solo hecho de ser el Dios viviente (1 Tim. 4:10). Todo constructo teológico debe comenzar y terminar con Él.
2. Que Su Palabra viva se debe hacer carne en nosotros. En Colosenses 3:16, Pablo nos amonesta a fin de *Que habite en ustedes la palabra de Cristo con toda su riqueza [...]*, lo cual implica no solo un conocimiento a nivel intelectual, sino la práctica que nos lleva a saber ser y saber hacer. Estos saberes son inseparables el uno del otro, puesto que lo que somos incide directamente en lo que hacemos.

¹ A.W. TOZER, *La Búsqueda de Dios*, CLC, 1977

Y esta realidad de la vida cristiana se aprende en la comunión íntima con un Dios vivo (Fil. 3:10). Este siglo que estamos transitando, y sus nuevas generaciones, nos exigen este tipo de vida, comprometida con ideales que se “ven en la cotidianidad”. Como dice Santiago, *la fe sin obras está muerta* (Stg. 2:26).

3. Que la vida de la iglesia, como comunidad de fe, muestra a ese Dios vivo entre los humanos. Los creyentes como piedras vivas somos partes del gran edificio que es la iglesia, de la cual Cristo es la cabeza (1 Cor. 12:12-20). *El real dueño de la iglesia es Dios y como ser viviente él es el que actúa y edifica* (M. González), y nosotros, como Iglesia de los Hermanos por Gracia, parte de lo que Dios quiere hacer en este mundo. *La iglesia es la comunidad que confiesa a Jesucristo como Señor de todo y de todos y vive a la luz de esa confesión de tal modo que en ella se vislumbra la iniciación de una nueva humanidad*². Es la iglesia bíblica la que se proyecta sobre un mundo sombrío para traer la luz viva de las verdades del Dios vivo (Hch. 2: 42-47). Estas Declaraciones deberán ser tanto una roca firme en la cual asentarnos como también una “inyección de adrenalina espiritual” que nos movilice como iglesia.

Fuimos creados para glorificar a Dios (Is. 43:7). Un Dios vivo y verdadero, inmutable, inmanente, amoroso, santo, que se hace famoso entre nosotros y a través de nosotros. ¡Quiera nuestro buen Señor guiarnos en estos días!

² C. R. PADILLA y T. YAMAMORI, *La iglesia local como agente de transformación*, Ed. Kairos, Buenos Aires, 2003